

## **PROCESOS DE MEDIACION EN KOSOVO: Dos contextos de intervención. Relatos de nuestra experiencia.**

*por Gachi Tapia y Tomás Leivi*

### **PARTE 1:**

### **Venganzas de Sangre entre Clanes Tribales Intraetnia**

#### **Introducción: De un llamado, un imperativo.**

“Una voz viene de la otra orilla, y me cuestiona y ya me acusa, siempre ya, de haberla abandonado...”<sup>1</sup>. Si las matanzas fueran algo prioritario del siglo recientemente terminado, casi alcanzarían un par de décadas para dilucidar la génesis de la moral de la humanidad. Pero si bien guerras y muertes hubo siempre, resulta asombroso que el genocidio haya caracterizado, desde Armenia hasta el Congo, al siglo de la modernidad y la sofisticación tecnológica. Y eso hasta el punto de multiplicar al extremo los escenarios de los exterminios, la filosofía sobre las masacres (De Certeau, Primo Levi, Todorov, Agamben, Levinas, para citar sólo algunos), los tribunales internacionales, las organizaciones humanitarias y los debates en los que la humanidad ve reflejada su conciencia.

En realidad, sólo a partir del genocidio nazi podemos ubicar un punto de torsión a partir del cual las luces de alarma se encienden plenamente cuando una voz viene de la otra orilla, cualquiera sea, pidiendo ayuda. El ejercicio permanente de la memoria se renueva ante cada suceso que remite a las imágenes del horror. Pero si algo tocan esas imágenes es la moral, que se expresa en la voz del mandato a la manera del imperativo. En términos contemporáneos –globales y postnazismo- el imperativo de la humanidad, retocando el kantiano, podría formularse en algo así como “Es una máxima ética aceptable que la humanidad actúe de modo tal de evitar la mayor cantidad de muertes posible”. Esta postura, sesgada por la globalización y la omnipresente memoria, parece caracterizar muchas acciones del tiempo que vivimos. Quien ante lo dado no responda, quien ante lo urgente no actúe, tendrá que justificar sus posiciones al respecto –al igual que a la inversa. Al menos desde la época en que, como diría Nietzsche, nos abandonaron los Dioses.

Con una mezcla rara de expectativa, intriga, temor, inquietud y extrañeza nos lanzamos al desafío de conocer y trabajar en el escenario de lo que fue, seguramente, el último genocidio del siglo.

---

<sup>1</sup> Finkelkraut, Alain, “Una voz viene de la otra orilla”, Buenos Aires, Paidós, 2002.

## **Contexto de la intervención- Desafíos**

Nuestra organización forma parte de una red internacional –Partners for Democratic Change- que cuenta con organizaciones miembros (Centros), entre otros, en los países de la ex-Unión Soviética y de los Balcanes. Cada uno de estos Centros, si bien comparte la misión global de la red -instalar una cultura pacífica y democrática para la resolución de conflictos-, dedica su tiempo a actividades diversas, que van desde la mediación familiar a la resolución de conflictos ambientales, pasando por actividades comunitarias y de capacitación a organizaciones y funcionarios locales.

Gracias a esta diversidad hay lugar para que cada uno de los Centros enriquezca el *expertise* de los otros a través de actividades de intercambio y capacitación. En este marco, fuimos convocados por el Centro de Kosovo -con sede en su capital, Pristina (o Prishtinë)-, especializado en mediación familiar, para capacitarlos en intervenciones en contextos complejos, basados en el trabajo que realizamos en Argentina sobre diseño y desarrollo de procesos de planificación colaborativa en conflictos de índole pública y social.

Posteriormente, pudimos comprobar que la razón del pedido de capacitación tenía buena parte de su base en la presión que ejerce la comunidad internacional presente en la zona durante este proceso de posguerra, para que la comunidad kosovar inicie el proceso de integración entre serbios y albaneses.

Más allá de este objetivo, nuestros colegas del Centro en Kosovo nos solicitaron participar y discutir sus casos de mediación y compartir con nosotros las problemáticas y la complejidad del campo en el que desarrollan su trabajo.

Tarea doble entonces, con desafíos multiplicados exponencialmente. El primer desafío, sin duda, fue aceptar viajar a un territorio caliente que sabíamos plagado de minas antipersonales, enfrentamientos aislados entre las facciones todavía en pugna, atentados y manifestaciones contra los funcionarios que ahora gobiernan Kosovo, inestabilidad radical, violencia doméstica y militarización de lo cotidiano.

El segundo gran desafío que nos planteamos fue una indagación profunda respecto de hasta qué punto era posible que una sociedad que juzgábamos violenta e inmersa en múltiples guerras en los últimos tiempos podría recibir y acoger una filosofía que postula la colaboración, la generación de canales de diálogo y la inclusión pacífica del otro en la resolución de las controversias como sus pilares fundamentales. ¿Sería posible la comprensión por parte de ellos de la filosofía que subyace nuestra práctica? Después de todo, para poder

trabajar no sólo hacen falta técnicas; tal vez sea más importante internalizar un discurso.

Otra cuestión mayor que se nos planteó remite a la epistemología: si bien tanto en mediación como en resolución de conflictos públicos trabajamos con técnicas y con modelos que permiten orientarnos en la complejidad de los fenómenos, con lecturas que nos permiten prever cierto desenlace de los acontecimientos, ¿podríamos utilizar tales técnicas en un contexto que juzgábamos a priori tan diverso? ¿Hasta qué punto nuestro conocimiento sobre esas técnicas y modelos sería útil para ellos? Si bien los modelos y las técnicas están hechos para ser transformados creativamente en lo real de la experiencia, si bien cada caso es un mundo y cada historia un océano, si bien las singularidades no dejan remitirse a taxonomías, ¿qué ocurre si hablamos de un mundo por entero diverso? ¿Qué hay si no se comparten los más mínimos códigos elementales de entendimiento?

Por último, ¿sería posible dejar capacidad instalada como para que ellos puedan llevar adelante un proceso colaborativo que muestre en acto que las cosas pueden hacerse de otra forma? ¿Podríamos entusiasmarlos lo suficiente como para que hagan de un proceso colaborativo la punta de lanza de un cambio cultural? Creímos que valía la pena el esfuerzo, dado que el tema nos importaba lo bastante como para al menos intentarlo (sobre este punto nos referiremos en el próximo número al hablar del proceso de desintegración y violencia interétnica).

Por ahora, focalizaremos en el segundo campo de acción: el nivel de intervención en casos interpersonales de mediación, tradicionalmente denominados cuestiones de familia.

Sin embargo, consideramos útil a la comprensión de ambos artículos el desarrollo de algunos antecedentes históricos sobre una región, no necesariamente conocidos ni reportados periodísticamente en esta parte del globo.

### **Crónicas kosovares**

Kosovo es un país devastado. Al igual que en el resto de los Balcanes, el estrago de la guerra es omnipresente. La historia de las luchas, tanto fratricidas como contra enemigos externos, se pierde en el abismo de los orígenes. Cada persona sitúa un origen distinto, a cual más remoto, para fijar el momento en que la trama comenzó a destejarse. Como el axioma de la comunicación, pareciera que ni la historia oficial ni la minimalista pudieran puntuar la secuencia de hechos que llevó al país al desastre. Nada tiene esto de casual, pues el país se encuentra en la actualidad plenamente inmerso en el trauma social de la posguerra.

Muchas son las evidencias que nos llevarán a justificar esta aseveración.

Para evitar el deslizamiento hacia los tiempos inmemoriales, fijemos nuestra atención en el sistema que constituye el país del presente, recordando los últimos sucesos históricos que nos contextúan. No se trata de eludir las determinantes históricas pero sí de tomar una unidad de análisis aprehensible para nuestras elucidaciones.

La ex-Yugoslavia está constituida por un complejo conglomerado de países habitados por pueblos de orígenes, lenguas y religiones diversas. A lo largo de los años, habitantes de cada uno de estos diversos pueblos han migrado hacia las otras regiones en busca de mejores horizontes de trabajo; o bien su movilización ha sido propiciada por los Estados de sus países de origen como forma de colonizar territorialmente las regiones adyacentes. De esta manera, particularmente a lo largo del siglo XX, la región pasó de ser un conglomerado de pequeños países con población homogénea y distintos entre sí –pero reunidos por una mano de hierro–, a ser un complejísimo mapa en el que sólo las fronteras territoriales se mantienen; demográficamente casi todos los pueblos en casi todas las regiones del país se superponen. Para vislumbrarlo de forma colorida: si antes el país podía verse como la paleta de un pintor, en la actualidad aquellos colores, antes perfectamente diferenciados, se mezclan en cada una de las regiones, aunque con la particularidad de que no se fusionan para dar origen a nuevos colores. No conforman una solución química a la manera de la sal y el agua: se mantienen refractarias como el agua y el aceite. Aún juntas, siguen separadas. En cada región encontramos los denominados “enclaves” de población originaria de otras regiones, que adopta esta forma de residencia en su nuevo destino. Estos “enclaves”, típicos de las zonas rurales, no se fusionan con las poblaciones autóctonas. Distinta será la situación en las ciudades, donde, lejos de conformarse ghettos, la población diversa convive en una compleja sucesión de intrigas y enemigos invisibles.

Esta situación se mantuvo relativamente estable bajo el liderazgo del Mariscal Tito, quien, con una combinación efectiva de mano dura, habilidad política, carisma y “amplitud genética” (era hijo de croatas y serbios, los dos principales pueblos de la región), pudo evitar la explosión de esta situación, considerada por muchos “una bomba de tiempo”. Desaparecido Tito los tiempos se aceleraron, y 10 años después de su muerte la bomba estalló, dando lugar a la guerra de Yugoslavia, que consistió básicamente en una sucesión de hostilidades entre Serbia (la cabeza del Estado) y los demás países (Eslovenia, Croacia, Bosnia, etc.). A la guerra entre los ejércitos la sucedió, en cada caso, la reacción del pueblo de a pie, los enfrentamientos cuerpo a cuerpo entre civiles. El estado de guerra tornó al vecino ajeno, extraño, objeto a ser eliminado. La guerra se fue desplazando por las diferentes regiones hasta que llegó el turno de Kosovo.

Considerada su “joya”, su “territorio sagrado” cuna de su pueblo, los serbios no estaban dispuestos a permitir la secesión de Kosovo tal como pasara con las demás regiones. Se trata de una región del tamaño de la provincia de Tucumán enclavada en los Balcanes, rodeada por Serbia, Albania, Macedonia y Montenegro. Mezcla de universos contrapuestos, el europeo y el árabe, el católico y el musulmán, el occidental y el oriental, el capitalista y el comunista, Kosovo es el confin de Europa. Se encuentra desgarrado entre Serbia por un lado y por Albania por el otro, cuya pretensión es construir la Gran Albania, que incluya también territorios macedonios.

Su población era mayoritariamente albano-kosovar (con idioma albano y religión musulmana, practicada sin grandes pasiones) y minoritariamente serbia, gitana, macedonia y montenegrina. Según la narrativa kosovar y de la comunidad internacional, la pesadilla para Kosovo comienza bajo el régimen de Slobodan Milosevic, quien actualmente está siendo juzgado en La Haya por crímenes contra la humanidad. Durante este denominado “período especial” comienza la segregación de la población albana: se suspende la autonomía de Kosovo y se la somete a un régimen opresivo y discriminatorio por parte de Serbia; se expulsa a todos los albaneses de todos los empleos públicos; se proscribía la lengua albanesa de la televisión; se produce una “serbización” de la educación. Se trata de una suerte de apartheid de la población kosovar, que permite vislumbrar la “solución final”. Fue una época de gran represión policial y hostigamiento a la población albana, que respondió de dos formas: la resistencia pacífica, y la formación de la UCK (movimiento guerrillero de liberación).

En 1999, cercado por la Alianza Atlántica, Milosevic entra en Kosovo por su frontera norte decidido a realizar una “limpieza étnica” de la población albana. Comienzan las matanzas y el éxodo masivo de población. En tan sólo unos días, miles de kosovares murieron asesinados y varios cientos de miles se refugiaron en Macedonia, donde se construyeron precarios asentamientos para refugiados cerca de la frontera, y en Albania, donde fueron cálidamente recibidos hasta en casas de familias. La reacción, sin embargo, no se hizo esperar: los kosovares atacaron los enclaves rurales serbios y a la población urbana serbia, que debió abandonar las ciudades para replegarse en Serbia. La intervención de la OTAN, justificada y legitimada por las imágenes televisivas de la deportación masiva de personas, se dio en dos frentes: el ahogo económico a Serbia y la reconquista territorial de Kosovo, con la ayuda de la replegada guerrilla UCK.

Las realidades actuales son bien diferentes en el campo y en las ciudades. En el campo la población es fundamentalmente albana - caracterizada por la pobreza, la precariedad y la violencia-, pero aun se mantienen los enclaves serbios, que están protegidos permanentemente por militares de la comunidad internacional. Por el contrario, los serbios abandonaron las ciudades, dando lugar a eternas disputas por

las propiedades abandonadas. Estos conflictos son uno de los principales temas de la mediación contemporánea.

Institucional y económicamente, el país se encuentra en un franco proceso de recuperación. Es un protectorado de la ONU, y su gobierno se llama UNMIK, pero al mismo tiempo el monopolio de la fuerza está a cargo de una fuerza de la OTAN, la KFOR. Es decir que la comunidad internacional ha montado un aparato burocrático de enormes dimensiones para mantener la paz, desarrollar la economía y reconstruir la institucionalidad. En principio, este gobierno ad hoc funcionaría hasta 2005.

### **Un caso de Mediación: ¿Familiar? ¿Étnica? ¿Cultural?**

*Last but not least*, ¡un caso de mediación! ¿De mediación?

Deseosos de conocer el campo de trabajo de nuestra organización y las áreas rurales del país, fuimos conducidos a la observación de mediaciones en el ámbito rural, en el que Partners-Kosovo trabaja cotidianamente a raíz de las derivaciones realizadas por las Comisiones de Reconciliación. Para adentrarse en el Kosovo profundo cuentan con líderes locales que identifican los casos y dan aviso al Centro. Podría decirse que son líderes naturales, figuras reconocidas en sus regiones, que cuentan con la ventaja de conocer las particularidades y los dialectos del área. Ante la imposibilidad de los campesinos de trasladarse hasta la ciudad, las mediaciones suelen realizarse en un lugar consensuado que suelen ser las propias viviendas de las partes – las “reuniones privadas” se llevan gran parte del tiempo del proceso- o algún lugar próximo a dichas viviendas.

Sorprendentemente, estos casos no eran necesariamente consecuencia de conflictos de la posguerra entre las etnias, sino más bien semillas de violencia que databan de tiempos muy lejanos, basados en los códigos de honor que habían sido aparentemente sofocados en la época de la dictadura de Tito pero, a juzgar por la realidad, no desarraigados de los sistemas de creencias profundos de la comunidad.

En el campo de nuestra práctica, el caso que describimos a continuación sería incluido, probablemente, bajo títulos muy diferentes, pero raramente sería considerado uno de los típicos casos denominados “Mediaciones de Familia”. De modo que el primer interrogante que se nos presentó frente a esta intervención fue: ¿En qué “caja” enmarcamos este caso? En el Centro de Kosovo, el rótulo no deja lugar a dudas: *Blood Feuds Mediation: Mediación en el marco de las venganzas de sangre*.

Tomamos conocimiento del caso a través del relato que tuvieron nuestros colegas por parte de miembros de la familia que solicita la intervención. A pedido de la misma, se inició el contacto con la otra

parte -la familia “enemiga”-, para evaluar si nos permitirían visitarlos a los efectos de chequear la posibilidad de intervenir. Una vez que el referente familiar aceptó la visita, emprendimos el viaje a su vivienda mientras un anciano albanés mediador –líder local identificador de los casos- nos ponía en conocimiento de partes de la versión de la historia.

*Bardhil se gana la vida adentrándose en el monte para talar árboles. Vive cerca de la frontera con Serbia, una de las zonas más castigadas por la guerra; en una chacra con su familia extendida: además de su esposa y sus 3 hijos, varios de sus 26 hermanos con sus respectivas esposas e hijos. Nos entrevistamos con él, intérpretes mediante, como parte de un equipo que integramos con colegas del Centro de Kosovo, Shuki, la directora, y Eli, albanesa ex-refugiada y ahora mediadora quien está a cargo de traducirnos al inglés el idioma albanés. También integra el equipo nuestro referente lugareño, el anciano albanés integrante de las Comisiones de Reconciliación de la comunidad.*

*Impactados por la versión de la historia que conocíamos, con una mezcla de temor e incertidumbre, nos presentamos en la vivienda de Bardhil. Somos conducidos a través del patio interno, donde podemos apreciar la extrema pobreza y la precariedad de las condiciones de vida. Hay cabras, chicos que miran con temor y una anciana de pelo blanco hasta el piso que nos evita la mirada. A pesar de este entorno desolador, la entrevista se realiza en otro entorno, completamente distinto: el “oda”. Con acceso exclusivo para los hombres, el “oda” es una sala presente en todas las casas de miembros de esta sociedad aún tribal, en las cuales los hombres de la familia se reúnen a tomar las decisiones relevantes del clan. Sin embargo, en esta oportunidad, dejan entrar a tres mujeres, Gachi, Shuki y Eli junto a Tomás y al anciano albanés. Alfombras persas impecables, almohadones, televisores que hacen olvidar rápidamente el exterior. Se trata de un verdadero oasis cuando parecíamos haber llegado al abismo de la marginalidad. Sin luces, con café turco servido con rituales y los incipientes destellos de una luna sorprendente, escuchamos la historia.*

*Hasta el momento sólo sabíamos que un hermano de Bardhil estaba en pareja con una mujer a la que pegaba y aparentemente torturaba. Esta situación de violencia conyugal se mantuvo durante un tiempo, hasta que la señora, cuñada de Bardhil, decidió poner a su familia en conocimiento de sus padecimientos.*

*Bardhil inicia su relato, como es habitual, con un discurso describiendo un suceso diferente. No refiere los episodios de violencia. Cuenta que un día, el padre de la señora (su cuñada) junto a dos hermanos y un “hombre desconocido” se presentaron en la casa de Bardhil para hablar con su hermano. Cuando la conversación entre el hermano de Bardhil y su suegro llevaba media hora, aquel vislumbró la emboscada planeada. Aquellos hombres que esperaban al padre de la señora en el pasillo sólo estaban esperando el momento preciso para terminar con la vida del*

*hermano de Bardhil. Él decidió saltar por esa misma ventana por la que ahora entra la luz de la luna y tratar de escapar por el patio. Los hombres se percataron de esta situación y le dispararon en ese mismo patio, contiguo a la habitación en la que estamos. Las cuatro personas se fueron, dejando al hermano de Bardhil muerto en el patio. El luto pesa sobre la familia. Bardhil siente odio, resignación, deseos y necesidad de vengarse.*

*Nos explica que en ese momento la familia se encontraba atravesando el “vesa”: un período de luto de tiempo variable en el que la familia se impone respeto por los muertos, prohibiéndose cualquier hecho de violencia.*

*Sin embargo, una vez cumplida la vesa, en este caso de 3 meses, la familia no sólo puede, sino que debe vengar las muertes. Una actitud contraria supondría necesariamente la emigración: el nombre del clan se vería afectado y el honor de sus miembros sepultado. La deshonra se relaciona con la evitación de la venganza por una supuesta “mano blanda” familiar: los muertos deben ser vengados, porque esa es la única forma que los vivos tienen de demostrarles su estima. Y no es que la familia se deshonre porque “no se animaron” a perpetrar la venganza, sino que el rótulo recae sobre ella debido a que la ausencia de venganza cuestiona retroactivamente el estatuto del amor por los muertos.*

*Bardhil enfatiza su indignación por no saber quién era el hombre desconocido que acompañaba al asesino de la otra familia. Deja entrever que podría ser alguien relacionado con la mujer de su hermano asesinado. Cuenta otro hecho que se suma a los acontecimientos traumáticos de su familia, ya que su padre, a cargo de las decisiones, también había muerto recientemente. En ese momento comprendemos que por tal razón quien tomará las decisiones es su hermano mayor, quien en este caso –y a diferencia de Bardhil- no quiere por el momento participar de las entrevistas.*

La necesidad de venganza denota raíces muy hondas en sus valores culturales, basados en una pirámide de reglas en la cual la supremacía legal sigue siendo el viejo código de honor que rige el modo de vida tribal de tantas familias rurales albano-kosovares, por sobre el orden legal formal del Protectorado de Kosovo.

El objetivo de los mediadores de Partners-Kosovo es, en una primera etapa, muy puntual, y parece – a nuestros ojos- poco ambicioso, ya que se traduce “solamente” en intentar “persuadir” a la familia a extender el tiempo de la “vesa” para dar lugar a un espacio que posibilite una intervención. La ausencia del hermano mayor en la entrevista requiere reformular el primer objetivo, que pasa a ser el de persuadir a Bardhil de que su hermano participe del proceso.

Una vez logrado este objetivo y obtenida la extensión de la “vesa”, recién entonces se trabajará en una meta ambiciosa: la de acercar a los familiares de la víctima a un espacio de interacción, que mediante el “diálogo” posibilite evitar la venganza de sangre. Es importante remarcar lo antedicho en el sentido de que este tipo de venganzas suelen llevarse a cabo aún a sabiendas de la existencia de una ley formal, y sus consecuentes fuerzas del orden para hacerla cumplir.

En el sistema de significados de esta cultura, la deshonra es más grave que la vida en la cárcel. Por lo tanto, una vez iniciada la conversación comprendimos que el primero de los objetivos debería reformularse en el de convencer a Bardhil de la necesidad de que él persuadiera a su hermano para que se sume al proceso. Sólo su hermano tenía autoridad para extender al *vesa*.

### **Reflexiones sobre el caso desde una perspectiva psicológica**

Tal como fue descrito, vemos que la violencia, lejos de ser un bien exclusivo de las relaciones con los otros pueblos, se halla enraizada en lo más hondo de la cultura kosovar, fundamentalmente la rural.

Es realmente tentador arrojar explicaciones sobre los lamentables conflictos bélicos de los últimos años remitiéndonos a la esencia del *ser kosovar*. Viviendo un poco el terreno, escuchando los casos y hablando con la gente, es grande el impulso de explicar uncausalmente la guerra a raíz de las características violentas que uno observa a diario en la población. Uno cree entender la dinámica de la guerra y las paradojas de la historia con sólo captar los rasgos dominantes de la comunicación interpersonal presente. Una indagación apenas más profunda nos recuerda que tal vez la sucesión de guerras haya moldeado estilos de personalidad y patrones de relación. ¿Qué fue entonces primero? ¿La personalidad o la guerra?

Superposición de legalidades: la ley simbólica que regula los intercambios interfamiliares se contrapone a la ley sancionada ex profeso por las instituciones legislativas. Las leyes de la tradición y la cultura versus las leyes positivas que se proponen normativizar, entre otras cosas, lo aberrante de la venganza. ¿Cultura contra cultura? A fin de cuentas, los antropólogos entronizan a la ley y al lenguaje como el rasgo distintivo de la cultura frente al estado de naturaleza, por lo que no podría considerarse al primer grupo de normas como propias de un estado de naturaleza. Tal vez sea necesario dilucidar los bienes jurídicos en juego para darle algún curso a esta superposición de normas. Porque de lo que se trata es de determinar cuál y por qué debe primar en cada caso.

Para dilucidar algunas de estas cuestiones, Freud tuvo que escribir un ensayo magistral llamado “Tótem y Tabú”, considerado por él mismo como su más alta creación, según nos lo recuerda Ernest Jones en su

célebre *Biography*. En él, Freud indaga los orígenes de la ley y de la culpa como constitutivas de lo humano. Imagina un estado primordial constituido por una horda de hombres salvajes gobernados por un padre violento, celoso, que se reserva a todas las hembras para sí y expulsa a los hijos varones cuando crecen. Según este mito, un día los hermanos expulsados se aliaron, mataron y devoraron al padre, y así pusieron fin a la horda paterna. A través del acto de la devoración surgieron, vía identificación, sentimientos contradictorios hacia el padre muerto: por un lado incorporan su fuerza, pero por otro lado aparecen la envidia y la culpa. Los hermanos, atormentados por la culpa del asesinato, habrían dado lugar a las leyes sociales, las limitaciones éticas, la prohibición del incesto e incluso la religión. Se trata de un mito de la organización social arraigado en la culpa, pero que posibilita la ley que da origen a la cultura.

Nos interesa señalar dos cuestiones en relación con el mito freudiano, fundamentalmente porque en una primera aproximación del caso expuesto, nos sentimos sumamente tentados a considerar los hechos ocurridos como bestiales, primitivos, salvajes.

Por un lado, la potencia del padre: paradójicamente, lo que Freud plantea como interpretación, es que, muerto el padre, su potencia se multiplica al punto de instaurar la ley. Por el otro, la función de la culpa y su aplicación a nuestro caso. Vemos que el padre muerto, -en el caso recientemente muerto, también por un episodio de violencia social-sumado al hermano muerto del clan a manos de la familia de su mujer, fuerzan a sus miembros vivos a consumir el asesinato que reordene la legalidad simbólica familiar, aun bajo el riesgo de perder el resto de sus vidas en la cárcel. La potencia del muerto compele al vivo a actuar, sin ningún miramiento por el ordenamiento del contexto que rige más allá de la potencia que estos muertos demandan. La culpa sufre en nuestro caso una curiosa inversión. Mientras que en el mito es la culpa lo que fuerza la legalidad y las prohibiciones, aquí es la no consumación de la venganza a través del asesinato lo que haría insoportable la culpa en los miembros vivos. Es la presencia de la ausencia de los familiares lo que aquí redobla el imperativo de necesidad de justicia y conservación del honor. Aquí la culpa surge ante la no consumación del mandato, pero no como consecuencia de la realización del acto. La voz de los muertos parece poder más que las leyes positivas.

Sin duda aquí el prestigio y el honor social cumplen un rol clave. No se trata solamente de cómo cada quien elabora sus duelos. No es sólo la voz de los muertos lo que moldea las acciones, sino también la mirada del de al lado, del semejante. No consumir la venganza significaría no poder seguir viviendo en el mismo entorno. Serían señalados como aquellos que no honraron a sus muertos, perdiendo el clan familiar el prestigio ganado a través de las generaciones. Y quién sabe si tal prestigio pueda recuperarse algún día. Y no es solamente porque no tuvieron el valor de vengar, sino sobre todo porque no tuvieron la osadía

de honrar. La pérdida de este honor no es una trivialidad: puede significarles desde perjuicios económicos hasta hirientes señalamientos cotidianos. Asistimos aquí también a un fenómeno pleno de cultura y humanidad: fue el mismísimo Hegel quien, al preguntarse respecto de la antropogénesis, inventó un mito basado en el prestigio. Toda la dialéctica del amo y el esclavo por él postulada se basa en una “lucha a muerte por puro prestigio” en la que los “seres vivientes” juegan su vida para adquirir prestigio en caso de consumarse la victoria. El ganador será el amo y el perdedor el esclavo, que se humanizará por la vía del trabajo y el saber sobre las cosas. Vemos al prestigio y al trabajo, entonces, como constitutivos del orden humano. ¿Por qué menospreciar entonces la potencia del prestigio como formador de acciones y conciencias? Lejos estamos de considerarlo una banalidad moderna o un rasgo hedonista de las sociedades elevadas.

### **Reflexiones sobre el caso desde la perspectiva del campo de la resolución de conflictos**

Nuestro caso demuestra no sólo la singularidad de esta cultura sino también los límites posibles para el campo de la mediación. Seguramente la sola presentación del caso haya alcanzado para plantear los alcances del debate, rico y prolífico.

Durante la entrevista con Bardhil imaginamos desarrollar las técnicas que pudieran conducir a que se abriera un espacio, mediante la extensión de los tiempos de la “vesa”. Imaginamos cómo podría esbozarse una historia que incluyera la aceptación de una lógica distinta a la que el peso de la tradición familiar parece llevar indefectiblemente a estas familias

Desde el modelo de Harvard -y a diferencia de los casos con los que solemos trabajar en nuestro medio- en el caso descrito no sólo encontramos en disyunción los intereses y las posiciones de las partes. La cuestión involucra no sólo un conflicto de intereses sino también un choque de cosmovisiones entre los mediados y el equipo mediador. El objetivo es traer a estas dos familias a mirar el mundo desde otros anteojos, los del mundo “civilizado”, europeo, legalista.

No se trata tampoco solamente de equilibrar el poder: asistimos a la particularidad de una situación en la que el sistema mismo de la legalidad positiva está cuestionado. Notemos que aquí la mediación no tiene por objeto evitar la judicialización del caso y posibilitar una mejor solución acorde con los intereses de ambos: previo a eso, se trata de evitar que el conflicto escale hacia un delito que recién cuando cometido, será sometido a un proceso judicial.

El desarrollo de las “alternativas” al acuerdo negociado parecen también resultar insuficientes para el objetivo de máxima de los mediadores: evitar el derramamiento de sangre. Efectivamente, Bardhil no se

inquieta frente a la explicitación de los trastornos a los que el desenlace premeditado pudiera acarrear a otros miembros de la familia. Cuando los mediadores intentan describir el escenario de la aplicación del rigor de la ley formal, su valoración queda sepultada bajo el peso de la venganza. En el sistema de creencias de Bardhil, será un orgullo que algún miembro de su familia sea condenado por haber dejado a salvo el honor de toda una familia.

Tampoco el Modelo Narrativo, con el objetivo de desarrollar una historia alternativa, parece ser fácilmente aplicable para lograr en el corto plazo el objetivo de máxima. Es interesante tomar los parámetros de ese modelo que ha guiado toda nuestra práctica en el campo de la mediación familiar.

Esa “tradición” es entendida desde nuestro paradigma de análisis, como una realidad construida en el discurso, como un conjunto articulado de tramas lógicas lineales enraizadas en sus “bancos de conocimientos” (en el decir de Shultz), ancladas en la experiencia y en la cultura.

Desde este paradigma, el significado que Bardhil atribuía al evento nos desafiaba a imaginar cuáles de los componentes de ese discurso podríamos intentar reformular para ayudarlo a resignificar el hecho. Porque partíamos de la base de que nuestro campo opera en el discurso. Toda nuestra práctica como mediadores está conectada con el significado. Y por eso se da a través del lenguaje.

Sin embargo, entendiendo que el significado se conecta, a su vez, al banco de conocimientos de la persona, y ese conocimiento está condicionado en sus significados y parámetros culturales, se nos abrieron una serie de interrogantes nuevos.

Esta cosmovisión desde la que miramos nuestra práctica implica que lo que tenemos como herramienta es un modelo para manejar el discurso. Nuestro objetivo, de acuerdo a lo pregonado en nuestros cursos, no es cambiar a la gente, simplemente intentamos ayudarlos a ellos a cambiar el significado que otorgan a los eventos. Y para ello, sólo tenemos el discurso.

Sin embargo, sentados en esa “oda” de aspecto medieval, donde parecíamos suspendidos en algún lugar del túnel del tiempo, nos cuestionamos: ¿Será así, será que se pueden cambiar significados ancestrales y aún continuar pensando que la gente no cambia? ¿Será que nuestra práctica es tan mágica como para operar el cambio sólo desde el discurso y lograr, de ese modo, que la gente modifique significados enraizados en su cosmovisión, y así modificar radicalmente sus comportamientos?

En el momento en que nuestros colegas albanos intentaban operar sobre el significado con sus discursos, y nosotros observábamos la cara de Bardhil, desde la precariedad y mediatez que nos imponía la doble

traducción de nuestra colega Eli, nuestra duda crecía: ¿Existe alguna posibilidad de operar transformaciones de significados que hacen a la cosmovisión de un ser humano, solamente desde el manejo sutil y certero de las tramas de un discurso? ¿No habrá riesgo de que estos movimientos lingüísticos puedan ser interpretados por la persona como una descalificación de su mundo interno, en lugar de ser sólo un modo de trabajar con ellos? ¿No sería necesario, además, en estos casos, que las personas transiten experiencias vivenciales que reconecten datos anteriores a los nuevos? Cuando en la época de la dictadura militar argentina, algunos relatos acerca de la reconversión de los guerrilleros eran fuente de artículos y ensayos de periodistas, nadie imaginaba que aquellos intelectuales radicalizados, detenidos en centros clandestinos de detención, pudieran fácilmente subvertir significados sin pasar por experiencias traumatizantes, o –al menos– movilizadoras.

La construcción social de la realidad aparece como proceso, donde el discurso, como depósito de significados, opera el rol relevante. Sin embargo, la tarea de operar en una cosmovisión cultural tan incompatible entre operador y operado, no parece ser solo una cuestión de preguntas técnicas, de buenas conversaciones, o de destrezas adquiridas. Más bien nos parece que harán falta infinitos movimientos internos en el modo de percibir la realidad de cada persona, que ayuden a que ese significado se modifique. Esos movimientos, a su vez, parecieran necesitar incluir algo más que conversaciones para suceder, como eventos y experiencias que –condicionadas por las historias que las significan– provoquen profundas reacciones emocionales que resignifiquen su propia historia y den lugar a la posibilidad de algo más allá de la repetición.

En ese tránsito, será difícil para el interventor mediador dejar de lado sus propias atribuciones de significado, sus propias inclinaciones a expresar interpretaciones que involucren “juicios de valor” acerca de las conductas de esas personas. Y en ese proceso, podría significarse, más allá de la intención, cierta falta de respeto hacia los significados atribuidos por el otro desde cosmovisiones que se atribuyen el saber.

Entendemos que no hay una emoción generada automáticamente por un tipo de fenómeno del mundo real fuera de las historias en las cuales las personas están sumergidas. Las historias incluyen contextos culturales y circunstanciales. Sin embargo, aún enmarcados en el paradigma del construccionismo social, a los efectos de que alguien signifique de otro modo determinados eventos, nos atrevemos a afirmar que ponemos en duda que el proceso de transformación pase únicamente por la interacción lingüística y extralingüística con el mediador.

Los cambios sociales ocurren generalmente frente a incólumes esfuerzos que intentan mantener el statu quo. Pero la teoría del caos ha demostrado que hay ciertas desviaciones necesarias dentro de un sistema para que puedan cambiar sus parámetros, que los sistemas

evolucionan, no por mantenerse cerrados sino por que generan alternancia entre, por un lado, el control de la desviación, y por el otro el desarrollo de algunas desviaciones progresivas que producen, en un momento dado, saltos cualitativos.

¿Qué cambio cualitativo en el sistema de creencias de Bardhil es necesario para generar el cambio dentro del mismo? No estamos seguros, pero intuimos que hace falta algo más que la técnica usualmente aplicada por los mediadores para operar en el marco de sistemas de significados que comparten cosmovisiones similares.

En nuestro país, trabajando en el campo de la mediación familiar, hemos sacralizado la noción de historia alternativa como objetivo a desarrollar por el mediador. La razón ha sido nuestra convicción de que el cambio consiste en describir las cosas de una manera diferente. El punto aquí es que los corolarios culturales y éticos que enmarcan y organizan las nuevas descripciones, tal vez necesiten algo más que preguntas y reformulaciones dirigidas a modificar la trama.

No parece suficiente buscar dentro de la historias aquellos componentes de la trama que parezcan más fácilmente resignificables. Por ejemplo, efectuar a Bardhil el tipo de preguntas que operen conexiones a nuevas oportunidades de resignificar: *¿De que modo podría expresarse el honor si no fuera con sangre?* Tal vez su banco de conocimientos no haya construido aún ese significado. Tal vez, para construirlo haga falta algo más que nuestra intervención sobre la narrativa y sea necesario pensar cómo articular otras experiencias resignificativas, ancladas en su cultura, para poder transitar el proceso de cambio.

## **CONCLUSION**

Tal vez el orden de la exposición arroje luz sobre un primer hecho que nos interesa destacar, dado que es realmente sorprendente el contraste de escalas que se debaten en Kosovo: mientras que por un lado la ONU y la OTAN –símbolos paradigmáticos de la globalización- controlan el país, el interés de los protagonistas de nuestro caso es profundamente local. Parece haber un abismo entre el Kosovo internacionalizado y globalizado de los organismos y la dinámica efectiva de las relaciones que se manifiestan en el campo. Es un contraste sumamente intenso entre el orden local y el orden global. Ambos órdenes parecen darse cita en Kosovo, moldeando vidas con igual intensidad y abriendo un interesante debate sobre el estado y los alcances del mundo globalizado.

No es lo mismo la dinámica intersubjetiva de las relaciones en Kosovo que los hechos de genocidio que describimos. Ambos son sin duda aberrantes, pero la costumbre y la excepción exigen respuestas diferentes. Mientras que el genocidio exige respuestas inmediatas de los pueblos del mundo, basados en la filosofía universalista del “one-

*worldism*”, los patrones de relaciones violentos, tan arraigados en la cultura rural, llaman a las puertas de los bordes de la mediación, obligando a instaurar debates que generen instrumentos conceptuales y prácticos para abordar casos como el descrito. Si bien nuestros colegas realizan una extraordinaria e invaluable tarea, necesitamos multiplicar las indagaciones que den respuesta a estos casos, en donde no sólo está en juego la violencia, sino también los cambios culturales.

## **Bibliografía**

Freud, S., *Tótem y Tabú*, En: Obras Completas, Buenos Aires, Amorrortu Ed., 1990.

Finkielkraut, A., *Una voz viene de la otra orilla*, Buenos Aires, Paidós, 2002.

Kojeve, A., *La Dialéctica del amo y el esclavo en Hegel*, Buenos Aires, La Pleyade, 1975.

Suares, Marinés, *Mediando en Sistemas familiares*, Buenos Aires, Paidós, 2002.

Tapia, G. Y Diez, F., *Herramientas para trabajar en Mediación*, Buenos Aires, Paidós, 1999.

Watzlawick, J y otros, *Teoría de la Comunicación Humana*, Barcelona, Herder, 1997.